

La verdad en la historia y la verosimilitud en la literatura: el sintagma “Libros de Caballerías” en el *Quijote* y un episodio poco conocido de la vida de Lope de Vega

JOSÉ LUIS PÉREZ LÓPEZ

Podemos leer en el texto de “Aprobación” de la Segunda parte del *Quijote* del licenciado Francisco Márquez Torres – un texto quizá auspiciado o inspirado por el propio Cervantes – que el objetivo de este al escribir la obra era “extirpar los vanos y mentirosos libros de caballerías”¹. Lo cual reiteran Cervantes y Avellaneda (o sea, Lope de Vega y su círculo de escritores)², en varias ocasiones, como su objetivo común. Pero cuando Cervantes menciona los “libros de caballerías” como los destinatarios de su parodia satírica no está pensando en las historias de los Amadises, Palmerines y Esplandianes. Los verdaderos libros de caballerías estaban agotados como género, por lo que no era necesario este último empujón de Cervantes para desacreditarlos. Esto lo ha dicho reiteradamente la crítica, pero nos hemos quedado siempre ahí, sin pasar más adelante, con lo que, desde Clemencín, se siguen estudiando los libros de caballerías para buscar en ellos una explicación a la génesis del *Quijote*³.

Los libros de caballerías no constituían, pues, hacia 1605 una literatura que estuviera ya en vigor por lo que el sintagma “libros de caballerías” empleado por Cervantes debe de referirse a algo distinto. Nosotros pensamos que, cuando Cervantes emplea esta expresión, está aludiendo a las disparatadas comedias, pretendidamente históricas, que Lope había ido escribiendo en los años anteriores a la aparición del *Quijote*; y a los “libros serios”, algunos no menos inverosímiles, que Lope había ido haciendo aparecer en los mismos años: la *Dragontea*, el *Isidro*, *La hermosura de Angélica*; y, sobre todo, la obra, ya acabada en 1604 pero no publicada hasta 1609, en la que Lope había puesto todo su empeño para lograr su ascenso social cerca del rey Felipe III, la *Jerusalén conquistada*. Sin olvidar sus comedias de santos, como la de *San*

¹ Citamos el texto del *Quijote* por nuestra edición: Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, edición, introducción y notas de José Luis Pérez López, Toledo, Empresa Pública Don Quijote, S. A. (Biblioteca IV Centenario), 2005, p. 364.

² Véanse los artículos que desarrollan hasta el momento nuestra hipótesis orientada a desentrañar la relación entre Lope de Vega y su círculo de escritores y el *Quijote* de Avellaneda: José Luis Pérez López, “Lope, Medinilla, Cervantes y Avellaneda”, *Criticón. Presses Universitaires du Mirail*, 86, 2002, pp. 44-71; “Una hipótesis sobre el *Don Quijote* de Avellaneda: de Liñán de Riaza a Lope de Vega”, revista electrónica *Lemir*, nº 9, 2005. Fecha de envío: 15/03/2005; “Lope de Vega, Pedro Liñán de Riaza, el dios Cupido y Avellaneda”, *Anuario Lope de Vega*, XI, 2005, pp. 165-193; “El entremés *El triunfo de los coches* de Gaspar de Barrionuevo y el *Don Quijote* de Avellaneda”, *Voz y Letra*, 2006/1, pp. 61-72.

³ Creo que la génesis del *Quijote* hay que buscarla en el tratamiento paródico que de los libros de caballerías y de los temas serios del Romancero viejo se hacía en los romances jocosos, satíricos y burlescos del Romancero nuevo que fueron creados por la llamada generación poética de 1580: Liñán de Riaza, Lope de Vega, Góngora y el propio Cervantes, entre otros como Juan de Salinas y Gabriel Lasso de la Vega. También está basado el *Quijote* en la literatura cómica del entremés que procede a su vez de este Romancero jocosos y de burlas, sobre todo en los entremeses burlescos en verso sobre los mismos temas caballerescos antiguos, como, por ejemplo, el “Entremés de Melisendra” y el “Entremés de los romances”.

Tirso de España, de la que hablaremos en este artículo. En todas estas obras Lope se saltaba a veces la verdad histórica y, en ocasiones, también la verosimilitud poética.

La que sí estaba en todo su vigor en 1605 era una oleada de falsificación de la Historia para acomodarla a las necesidades del presente, como ha dicho Jauralde en un reciente artículo periodístico sobre el *Quijote*⁴:



Para las personas de mayor inquietud intelectual, los ecos de la nueva situación histórica podían verse reflejados en el desarrollo de toda una serie de hechos: cómo se enredaban los hilos del hallazgo granadino, los plomos del Sacromonte, argucia de unos moriscos espabilados que habían jugado con la ignorancia y la fe por partes iguales, a pesar de los rigurosos informes del obispo de Segorbe —o de Pedro de Valencia— para sostener durante cuatrocientos años un monumento a la credulidad de las gentes. Era una época de santos y milagros falsos que habría de culminar con san Isidro como patrono de Madrid. De esa curiosa materia se nutrían muchas relaciones de la época, en tanto Felipe II enviaba emisarios a Granada para que se hicieran con alguna reliquia de aquellos hallazgos que enriqueciera su impresionante mausoleo de fetiches en El Escorial, el flamante palacio serrano de los austrias, [...] ese era uno de los temas nacionales, un muro contra el que se estrelló el conocimiento y el buen juicio, diríamos hoy, de la “intelectualidad”.

Cervantes pertenecía a la misma especie como escritor de esa “intelectualidad” a la que se refiere Jauralde, de la que formaban parte el obispo de Segorbe (el antiguo canónigo toledano don Juan Bautista Pérez), Pedro de Valencia y El Brocense; y también Pedro Mantuano. En este bando se alinearía, si no fuera un personaje de ficción, el “canónigo toledano” al que hace comparecer Cervantes para hablar de teoría literaria a partir del capítulo 47 de la Primera parte del *Quijote*. Según nos dice Riley, Cervantes “tuvo un respeto realista por la factualidad histórica, procedente de la poética neoaristotélica, y por aquellas preocupaciones empiristas del siglo XVI que causaron la crisis contemporánea en la historiografía y aportaron el nuevo concepto de la necesidad en el arte de tratar la verdad de forma responsable”⁵.

En el lado contrario, en el de los “falsos historiadores”, como “autor moderno”, se alineaba Lope de Vega, este sí formando parte de un grupo de “falsos historiadores” toledanos. Sigue diciendo Jauralde:

En Toledo, otra ciudad cervantina, el jesuita padre Juan de Mariana estaba vertiendo su historia de España (1592-1605), inicialmente escrita en latín, al castellano (1601), para que llegara a mayor público, desde luego. Claro que en el convictorio de Toledo, en donde vivía y trabajaba, tenía como compañero de orden a Román de la Higuera, que tomaba el camino de en medio y se inventaba crónicas, restos arqueológicos, etc., para trazar su particular historia de España y de Toledo.

Mariana se inventaba, moderadamente, la historia, pero el falsario principal era el también jesuita Jerónimo Román de la Higuera. Este falsificó nada menos que cuatro cronicones y se los atribuyó a unos historiadores del pasado también inventados por él: Dextro (época romana), Máximo (época visigoda), Luitprando y Julián Pérez (época de los árabes y Reconquista)⁶. Él dijo que los tres primeros libros los había encontrado en Alemania, en un monasterio de Fulda, un compañero suyo jesuita, el padre Tomás Torralba, de Ocaña, pero todo era

⁴ Pablo Jauralde, “Sus contemporáneos”, *El Cultural. Archivo Histórico. El Mundo*. Publicado el 06/01/2005.

⁵ Edward C. Riley, *Introducción al “Quijote”*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 87.

⁶ Véase José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos Cronicones*, Madrid, Real Academia de la Historia (Imp. y estereotipia de M. Rivadeneyra), 1868.

una invención suya. Todo estaba claro ya para Higuera en la semidesconocida historia antigua de España y en la historia antigua de la Iglesia española después de estos cronicones. Según el cronicón correspondiente, Santiago vino a España y fue enterrado en Santiago de Compostela; la Virgen se apareció en el Pilar. Por eso estas deben ser importantísimas iglesias en España. Pero Toledo, donde vivía Higuera, debe tener la primacía sobre Santiago de Compostela y sobre Zaragoza, porque seguro que Santiago o alguno de sus discípulos vinieron primero por Toledo.

También habían ido los discípulos de Santiago a Granada como oportunamente revelaban los “libros plúmbeos” del Sacromonte, inventados también por unos “moriscos espabilados” (en palabras de Jauralde). Román de la Higuera reparte santos autóctonos por todas partes de España, aunque hubieran nacido en Grecia o en Asia, como el San Tirso que se inventó para Toledo y que no pudo cuajar por la oposición de los propios canónigos de la catedral toledana. Es este el momento en que se van consolidando los cultos a los nuevos santos, como Santa Teresa en 1614 o San Isidro para Madrid en 1621⁷.

En fin, la Historia se pone al servicio, no de la verdad, sino de las necesidades del presente. Dar a todos sin perjudicar a ninguno. Con desparpajo los seguidores de Higuera decían que no importaba tanto la verdad. Ningún buen cristiano, ningún patriota español, debe oponerse a estas “verdades” porque son útiles para las necesidades del presente. España necesita de santos, necesita de mitos, de fábulas, que – de acuerdo con la ideología eclesiástico-señorial dominante – la constituyan como nación. Que esas fábulas sean más o menos verdad pasa a ser una cuestión secundaria. En esto coincidía con la opinión que expresará Lope de Vega en la *Jerusalén* en su “Prólogo al conde de Saldaña”, intentando justificar, en vano, que Alfonso VIII fue a la tercera Cruzada con Ricardo Corazón de León:

Y cuando todo fuera distinto de la verdad (que no debe ningún español creerlo) basta haber dicho Aristóteles, Non poetae esse facta ipsa narrare, sed quemadmodum, ver geri quiverint, vel verisimile, vel omnino necessarium fuerit. [...] Luego fuese cierto que no fue Alfonso, fueron los españoles que digo; y cuando ninguno (que es contra la verdad de las historias, armas, privilegios y papeles antiguos), fue Ricardo, que es el dueño de la conquista, como Eneas de la de Italia y Aquiles de la de Troya ⁸.

Para Lope todo está claro, el patriotismo español (los intereses “patrióticos” de la clase dominante aristocrático-eclesiástica, se entiende, a los que él pretendía servir, pero que no correspondió a sus anhelos aplazando cuatro años, de 1605 a 1609, la publicación de la disparatada *Jerusalén*) está por encima y justifica la falsificación de la historia que él realiza en la obra y que intenta excusar en ese “Prólogo” a base de citas eruditas traídas por los pelos (Roberto Valturio, Guillermo Cripio, Plauto, y el mismísimo Aristóteles).

Lope de Vega, que frecuentaba en Toledo a estos falsos historiadores (Mariana, Higuera, Alonso de Villegas, hacia 1595; más tarde, Medinilla, Tamayo de Vargas...), se da cuenta de por donde van ideológicamente los intereses de la aristocracia y de los poderes municipales de Madrid y de Toledo, y pone su pluma a su servicio. Así, se va a adelantar a la canonización del santo madrileño San Isidro en 1621 con su *Isidro* de 1599 y colaborará con el corregidor toledano Alonso de Cárcamo en 1595 cuando las invenciones eruditas de los falsos

⁷ También tenía Higuera solución para aliviar la carga de los conversos toledanos (Él era, probablemente, de origen converso), porque sus antepasados, los judíos toledanos, que ya estaban aquí en la época de Cristo según Higuera, no participaron de la crucifixión, sino que enviaron una carta a Jerusalén oponiéndose a la misma.

⁸ Lope de Vega, *Poesía, III, Jerusalén conquistada. Epopeya trágica*, edición y prólogo de Antonio Carreño, Madrid, Biblioteca Castro, 2003, pp. 15-16. Señalamos en cursiva en nuestras citas las palabras y enunciados que queremos poner de relieve.

historiadores toledanos se conviertan en ideología política en el caso del frustrado santo toledano San Tirso, del que hablaremos en este artículo.

En defensa de Mariana y de Higuera salió más tarde un panegirista que fue también aliado de Lope en sus guerras literarias (por ejemplo en el episodio de la *Expostulatio Spongiae*), Tomás Tamayo de Vargas⁹, que en su *Junta de libros* dijo de Cervantes: “Ingenio, aunque lego, el más festivo de España”¹⁰. También podemos incluir en el grupo a Esteban de Garibay e incluso al propio Quevedo que también salió en defensa del apóstol Santiago y de las obras de Higuera. Y al “historiador” de los santos, Alonso de Villegas, beneficiado de la parroquia mozárabe de San Marcos de Toledo, de joven autor de una obra celestinesca, la *Selvagia*, y ahora autor de sucesivas y exitosas *Flos sanctorum*, sobre las vidas de los santos. En Villegas se basa Lope para componer su disparatada comedia de santos *San Tirso de España* en 1595, y después el *Isidro*, publicado en 1599. Avellaneda se lo agradecerá citando su obra *Flos sanctorum* nada menos que en siete ocasiones¹¹.

LOS “LIBROS DE CABALLERÍAS” Y LOS FALSOS HISTORIADORES

El sintagma “libros de caballerías a lo divino” referido a los escritos de los “falsos historiadores” fue empleado de manera independiente por Nicolás Antonio [...], Fr. Martín Sarmiento en varios de sus manuscritos y Dom Pius Bonifacius Gams¹². En los años en que se publicó el *Quijote*, el Padre Juan de Mariana establecía una correspondencia entre la Historia que no se basa en la verdad y los libros de caballerías: “Por donde la Historia, cuya principal virtud consiste en la verdad, viene a hacerse y ser semejante a los *libros de caballerías*, compuestos de fábulas y mentiras”¹³. Y empleó el sintagma “libro de caballerías” para referirse a la *Historia* del Arzobispo Turpino en una agria polémica que mantuvo con Pedro Mantuano. Este escribió contra Mariana la obra *Advertencias a la historia del Padre Iuan de Mariana de la Compañía de Iesus*,

⁹ Tomás Tamayo de Vargas, *Historia general de España del P. D. Iuan de Mariana / defendida por el doctor don Thomas Tamaio de Vargas contra las advertencias de Pedro Mantuano...*, En Toledo: por Diego Rodriguez, 1616. Contiene también la “Defensa de la descendencia de la Virgen N. S. a la S. Iglesia de Toledo a dar la casulla a su b. capellan S. Iophonso por el D. don Thomas Tamaio de Vargas”, pp. 1-47. Ejemplar en la Biblioteca de Castilla-La Mancha, Fondo antiguo, 4-5893. También salió Tamayo de Vargas en defensa de las falsificaciones de Jerónimo Román de la Higuera, en su obra *Flavio Locio Dextro Caballero español de Barcelona, Prefecto-Pretorio de Oriente Governador de Toledo por los años del Sor. de cccc / defendido por Don Tomás Tamayo de Vargas*, Impreso en Madrid: por Pedro Tazo, 1624. La obra comprende dos partes: “Defensa de F. L. Dextro” y “Verdad de F. L. Dextro”. Biblioteca de Castilla-La Mancha, Fondo antiguo, 24466; y en *Luitprandi, siue Eutrandi... episcopi Cremonensis... Chronicon ad tractemundum illiberritanum in Hispania episcopum: a multis hactenus desideratum, nunquam editum / ex bibliothecâ D. Thomae Tamaio de Vargas, Mantuae Carpetanorum: ex typographia Francisci Martinez, 1635*. Biblioteca de Castilla-La Mancha, Fondo antiguo, 32960.

¹⁰ *Junta de libros: la maior que España ha visto hasta el año MDCXXIV / por Don Thomas Tamaio de Vargas, Chronista de Su Magestad*. Ejemplar en la Biblioteca Nacional de España, Ms. 9752 y 9753. Según el Diccionario de Autoridades, voz *lego*, “se toma también por falto de letras ò noticias. Lat. *Ignarus Illiteratus*. Patón, Eloq. cap. 2. También pecan en esto algunos de los Poétas que llaman *Legos*. El adjetivo *festivo*, incluso puesto en grado superlativo como aquí aparece, no puede hacer que la crítica olvide el *aunque lego* del juicio de Tamayo, porque eso suponía una exclusión del *Quijote* del grupo de las grandes obras.

¹¹ Véase la “Concordancia” de la edición de Sevilla Arroyo: Alonso Fernández de Avellaneda, *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Florencio Sevilla Arroyo, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001. Edición electrónica.

¹² José Martínez de la Escalera, S. J., “Jerónimo de la Higuera S. J.: falsos cronicones, historia de Toledo, culto de San Tirso”, en *Tolède et l'expansion urbaine en Espagne (1450-1650)*, Madrid, Rencontres de la casa de Velázquez, 1991, pp. 69-70, n. 3.

¹³ “Marian. Hist. Esp. lib. 8. cap. 4”. Citado por *Diccionario de Autoridades* (Edición facsímil), Madrid, Gredos, 1979, A-C, voz *Caballería*; Juan de Mariana, *Historia general de España / compuesta primero en latin, despues buelta en castellano por Iuan de Mariana... de la Compañía de Iesus*, En Toledo: por Pedro Rodriguez, 1601 (Biblioteca de Castilla-La Mancha, FA/ 14670).

*impresa en Toledo en latin año de 1592 y en Romance el de 1601 en que se enmienda gran parte de la historia de España, segunda impression, Madrid: en la Imprenta Real, 1613*¹⁴. Mariana había reprochado a Mantuano que en una de sus obras hubiera empleado como fuente la *Historia del Arzobispo Turpino*:

Que la Historia del Arçobispo Turpino, que se alega, es *libro de cavallerías*, indigno de que persona grave le tome en su boca. (P. Mantuano, *Advertencias*, p. 111)

Y Mantuano *advierde* contra Mariana que este, cuando trata de la batalla de Roncesvalles y de la participación de Bernardo del Carpio en ella, se basa también en el Arzobispo Turpino:

Por esto se verá *la verdad* de la batalla de Roncesvalles, y la poca que tiene el libro de Turpino, a quien siguieron el padre Juan de Mariana, y los demás *autores modernos* (*Ibidem*, p. 204).

Y, lo que es más trascendente para nuestro estudio, Mantuano demuestra, contra Mariana, que Bernardo del Carpio nunca existió, que es un personaje de ficción. Lope, el hijo de un bordador de casullas (pero “hidalgo de ejecutoria”, según su biógrafo Montalbán), se había basado en Mariana cuando se inventó su escudo de los Carpio por primera vez en la *Arcadia*. Con lo que resultaba que el falso “hidalgo”, hijo de “hidalgos”, Lope, se habría fabricado un estupendo escudo “de viento”, como dijo contra él el despiadado Góngora¹⁵.

Comentando los cuatro sintagmas que hemos puesto en cursiva en las citas de Pedro Mantuano se ilumina lo que venimos defendiendo en este artículo. En la época de Cervantes, el sintagma *libros de caballerías* se empleó para referirse no sólo a las historias de Amadís y a su parentela, sino para designar a libros de Historia de pretendidos historiadores graves. Esos historiadores, Higuera, Mariana (en parte), Garibay, Villegas, Tamayo de Vargas, el conde de Mora, Medinilla, eran los amigos graves que Lope tenía en Toledo.

Pero hemos destacado en negrita también el sintagma *autores modernos*: “el padre Juan de Mariana, y los demás autores modernos”, dice Mantuano. Estos eran los historiadores toledanos mencionados antes, a los que podríamos añadir –sin relación, que se sepa, entre ellos– a los granadinos inventores de los llamados “plomos del Sacromonte”, Miguel de Luna y Alonso del Castillo, a los cuales sigue Lope en algunas de sus comedias.

Pero es que los sintagmas *autor moderno*, *historiador moderno* los emplea también Cervantes para referirse a Avellaneda y para descalificarlo:

–Pues a fe –dijo el caballero– que no os trata este *autor moderno* con la limpieza que en vuestra persona se muestra: píntaos comedor, y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe (*Don Quijote*, Parte II, cap. 59, p. 646).

–Por el mismo caso –respondió don Quijote–, no pondré los pies en Zaragoza, y así, sacaré a la plaza del mundo la mentira dese *historiador moderno*, y echarán de ver las gentes como yo no soy el don Quijote que él dice (*Don Quijote*, Parte II, cap. 59, p. 647).

–Sin duda alguna pienso que vuestra merced debe de ser aquel don Álvaro Tarfe que anda impreso en la *Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha*, recién

¹⁴ Ejemplar de la Biblioteca de Castilla-La Mancha de Toledo, signatura FA 2841.

¹⁵ Luis de Góngora, *Sonetos completos*, ed. Biruté Ciplijauskaitė, Madrid, Castalia, 1978, p. 261: “A la ‘Arcadia’ de Lope de Vega”. Lope presumiría de ser hidalgo de ejecutoria y esto debió de llegar a su muerte hasta su discípulo Montalbán. Pero no pudo engañar a sus contemporáneos que se ensañaron con él: “¡Oh brazos leganeses y Vinorres!”, dijo de él también Góngora en el soneto citado.

impresa y dada a la luz del mundo por un *autor moderno*. (*Don Quijote*, Parte II, cap. 72, p. 700)

Nosotros defendemos que detrás de Avellaneda está Lope de Vega y su círculo, su “taller literario”, y que este estaba empleando como fuentes entre 1598 y 1605, la época en que se escribió el *Quijote*, tanto en sus comedias como en sus obras serias, las historias disparatadas de estos historiadores *modernos*, y se estaba basando para sus vidas de santos en los sucesivos *Flos sanctorum* de Villegas. Las obras de todos ellos son los “libros de caballerías” que satirizó Cervantes. Veámoslo:

Cuando Cervantes despide la Primera parte del *Quijote*, lo hace de la siguiente manera, con una nueva sátira contra Lope de Vega y su círculo:

Pero *el autor desta historia*, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellas, a lo menos por escrituras auténticas; sólo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que don Quijote, la tercera vez que salió de su casa, fue a Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento.

Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara, ni supiera, si la buena suerte no le deparara un *antiguo médico*, que tenía en su poder una caja de plomo, que, según él dijo, se había hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba. En la cual caja se habían hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenían muchas de sus hazañas y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza y de la sepultura del mismo don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres.

Y los que se pudieron leer y sacar en limpio, fueron los que aquí pone *el fidedigno autor desta nueva y jamás vista historia*. El cual autor no pide a los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla a luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los discretos a los libros de caballerías, que tan validos andan en el mundo; que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho. Y se animará a sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, a lo menos, de tanta invención y pasatiempo. (*Don Quijote*, Parte I, cap. 52, p. 356)

En el tercer párrafo hemos destacado en cursiva el sintagma “los discretos”. Como nos explica López Navío¹⁶, era la denominación que se daba a sí mismo el grupo de escritores que se agrupaba alrededor de Lope de Vega: eran este y sus “secuaces” (en palabras de Góngora), sus seguidores. “Los discretos” eran ellos, frente a “los necios”, que eran los demás, entre los que situarían a Cervantes. No lo señala López Navío, pero el seudónimo “el Discreto” es empleado por el íntimo amigo de Lope, Pedro Liñán de Riaza, en su “Vida del pícaro”, que fue leído ante una academia literaria como la de Argamasilla parodiada por Cervantes: “Académicos míos que al Discreto / discretamente acariciáis en todo, / no deis a mi rudeza nuevo reto” (la mayúscula para la palabra *Discreto* es mía)¹⁷. Por lo que quizá habría que escribir también el texto cervantino con mayúscula (como “el Monicongo”, “el Tiquitoc”, etc.)¹⁸ y entre

¹⁶ José López Navío, “Génesis y desarrollo del *Quijote*”, *Anales Cervantinos*, 7, 1958, pp. 157-235, en la p. 199.

¹⁷ Pedro Liñán de Riaza, *Poesías*, edición, introducción y notas de Julian F. Randolph, Barcelona, Puvill Libros S.A. 1982, p. 146.

¹⁸ En los paratextos preliminares y finales del *Quijote* de 1605 la palabra *discreto* aparece con una profusión que creemos puede ser significativa. Cervantes se estaría burlando de estos académicos “discretos”. En los preliminares aparece un poema “Del Donoso, poeta entreverado, a Sancho Panza y Rocinante”: “Soy Sancho Panza, escude- / del manchego don Quijo-, / puse pies en polvo- / por vivir a lo discre-” (p. 45). Y en los poemas finales, “El Monicongo, académico de la Argamasilla, a la sepultura de don Quijote”: El calvatrueno que adornó la Mancha /

comillas por referirse a un grupo literario y usar la palabra como un nombre propio, un seudónimo, un “sinónimo voluntario” colectivo: “que le den el mismo crédito que suelen dar ‘los Discretos’ a los libros de caballerías, que tan validos andan en el mundo”. Pero lo importante es constatar que Cervantes está afirmando que un grupo literario (“los Discretos”) “da crédito” “a los libros de caballerías”.

El libro se define como una “historia”, “una nueva y jamás vista historia” y su autor como un “fidedigno autor”. Ha estado buscando la continuación de la historia de don Quijote en “los archivos manchegos” y por suerte ha dado con un “antiguo médico”. No sabemos muy bien qué puede significar el adjetivo *antiguo* aplicado al nombre *médico*, pero es irónico porque es obvio que el médico solo puede tener la antigüedad de los años que haya cumplido. El médico “tenía en su poder”, tenía la posesión, de una caja de plomo, pero no era suya, porque había sido hallada “en los cimientos derribados de una antigua ermita que *se renovaba*”, que “se estaba renovando” en el tiempo presente del yo que nos habla. La caja de plomo constituía solo un recipiente que contenía “unos pergaminos escritos con letras góticas, *pero* en versos castellanos”. El *pero* de la oración adversativa restrictiva nos haría esperar que los versos debieran de ser de una lengua más antigua que el castellano, por lo que continuamos todavía con la ironía. Cervantes se está burlando de un hallazgo semejante que ha tenido lugar hace poco.

Américo Castro¹⁹ fue el primero que vinculó estas ironías cervantinas con los “libros plúmbeos” del Sacromonte, que constituyen un falso hallazgo al parecer amañado por los moriscos Miguel de Luna y Alonso del Castillo, con la complicidad del arzobispo de Granada don Pedro de Castro, con la laudable intención de evitar la expulsión de las gentes de su raza, expulsión que al final se produjo. Esos libros cuentan, entre otras cosas, cómo la iglesia de Granada era muy antigua, pues había sido fundada por un discípulo de Santiago, San Hiscio. Los “libros de caballerías” a los que se refirió Cervantes serían estas historias falsas inventadas, según don Américo. El problema es que nunca se ha terminado de ver claro, de ser así, los motivos que pudieran haber llevado a Cervantes a satirizar a estos falsos historiadores granadinos a pesar de que sabemos que Lope de Vega seguía en algunas de sus obras los escritos espúreos de Miguel de Luna sobre el rey Rodrigo y la pérdida de España; por ejemplo, las referencias a La Cava como *Florinda*, comunes a Lope y a Avellaneda (como nos dice Gómez Canseco en su edición del *Quijote* de Avellaneda²⁰) están sacadas de este autor, Abulcacim Tarif Abentarique, o sea, Miguel de Luna.

Pero creemos haber encontrado la clave que vincula el sintagma “libros de caballerías” empleado por Cervantes con las historias falsas inventadas por los “historiadores modernos” – y este fragmento de despedida de la primera parte del *Quijote* – en un episodio toledano de la vida de Lope de Vega, no considerado nunca por la crítica²¹.

con más despojos que Jasón de Creta / [...] la musa más horrenda y *más discreta* / que grabó versos en bronceína plancha” (p. 357); y un soneto “Del Caprichoso, *discretísimo* académico de la Argamasilla, en loor de Rocinante, caballo de don Quijote de la Mancha” (p. 358).

¹⁹ Américo Castro, “Como veo ahora el *Quijote*”, en *Cervantes y los casticismos españoles, y otros estudios cervantinos*, Prólogo de Francisco Márquez Villanueva, Madrid, Trotta, 2002, pp. 331-94.

²⁰ Luis Gómez Canseco, ed., Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 54. También el morisco toledano Ibrahim Taybilí (de nombre cristiano Juan Pérez) era un admirador de Lope. Véase Jaime Oliver Asín, “Un morisco de Túnez: admirador de Lope”, *Al-Andalus*, I, 1933, pp. 409-56.

²¹ Al menos nosotros no hemos logrado encontrar la menor alusión a este episodio en la bibliografía sobre Lope, excepto una mención de paso en J. Martínez de la Escalera, “Jerónimo de la Higuera S. J.: falsos cronicones, historia de Toledo, culto de San Tirso”, p. 85, de la que hablaremos.

SAN TIRSO DE ESPAÑA, UNA “VIDA DE SANTOS” DISPARATADA DE LOPE DE VEGA

Nos situamos en 1595, siendo corregidor de Toledo don Alonso de Cárcamo²². En ese año el cabildo catedralicio toledano quería hacer unas obras en la catedral para ampliar la capilla del Sagrario, dedicada a la Virgen patrona de la ciudad, para lo cual había que derribar un edificio colindante con dicha capilla. En las excavaciones apareció una especie de tapadera, en la que estaban grabadas las letras C y S bajo una corona real. La tapadera llegó a manos del corregidor Cárcamo. E inmediatamente el “historiador moderno” Román de la Higuera “declaró por conjeturas” – como el académico de la Argamasilla cervantino – todo el enigma del hallazgo: La C era la inicial del obispo de Toledo bajo dominio moro, Cixila; la S, la del rey asturiano Silo. Higuera mostró a Cárcamo una copia *moderna* de una carta de Silo a Cixila fechada en el año 777, sacada de un viejo pergamino que dijo que estaba en la biblioteca del Cabildo (la biblioteca de los canónigos toledanos). En la carta, Silo se lamentaba de las vejaciones a las que los moros de Toledo sometían a los cristianos mozárabes toledanos, de los que era obispo Cixila, porque estos habían intentado construir una iglesia cerca de la mezquita mayor (que se levantaba donde hoy está la Catedral) dedicada al mártir San Tirso, que, aunque había muerto en Oriente, dijo Higuera que era toledano, de acuerdo con su interpretación de un himno compuesto por Cixila. Para consolar a los cristianos toledanos de la persecución, la reina Adosinda, mujer de Silo, les enviaba desde Asturias “un aguamanil” con una tapadera que se describe en la carta *moderna* de Higuera y que era idéntica a la encontrada en los cimientos de la iglesia “que se derribaba”. Porque los cimientos eran nada menos que los de la iglesia de San Tirso, según Higuera. Y dijo que la tapadera se encontró “a dos estadios de profundidad, dentro de una arquilla de madera corrompida y que la tierra estaba muy dura y no mullida”.


Ya tenemos aquí fabricada una superchería semejante a la de los plomos del Sacromonte, porque los cimientos de la pretendida iglesia eran al parecer los restos de unos baños, y cuando a Higuera le conminaron a que mostrara el original del viejo pergamino de donde había sacado la carta del rey Silo, dijo que ya no lo tenía porque se le había chamuscado en un brasero a un anterior bibliotecario del cabildo – oportunamente ya fallecido, y que no le podía desmentir –, pero antes él había sacado la copia que mostraba.

El corregidor Cárcamo, dejándose conducir por Higuera, mandó imprimir un librito que dirigió al rey Felipe II, gran coleccionador de reliquias de santos en El Escorial. Todo iba encaminado a crear a San Tirso por el poder municipal como nuevo santo natural de Toledo, aunque el santo pertenecía a la Iglesia de Oriente, y había nacido en Grecia o en Asia. En el librito participaron con sus textos a favor de Higuera y del corregidor Cárcamo todos los amigos toledanos de Lope: el historiador Esteban de Garibay y el historiador de los santos, Alonso de Villegas, que escribió, claro está, una vida y martirio de San Tirso, que se incluyó en el librito.

²² El protagonista de *La gitanilla* de Cervantes se llama Juan de Cárcamo y es hijo del corregidor toledano Francisco de Cárcamo. Alonso de Cárcamo fue corregidor de Toledo en 1595 (como vemos) y después en 1605 en que encargó de nuevo a Lope la organización de una justa poética en honor del nacimiento de Felipe IV, que este efectivamente organizó, y escribió un libro titulado *Relación de las fiestas que la imperial ciudad de Toledo hizo al nacimiento del Príncipe N. S. Felipe IIII, deste nombre*. En Madrid, por Luis Sánchez. Año del Señor M.DC.V. En esta ocasión Cárcamo llamó a Lope de Vega “poeta toledano”. Véase el libro de Joaquín de Entrambasaguas, *Lope de Vega en las justas poéticas toledanas de 1605 y de 1608*, Madrid, Publicaciones de “Revista de Literatura”, 1969. Obsérvese que Cervantes solo cambia en *La gitanilla* el nombre de pila del corregidor, manteniendo el apellido y el cargo. ¿Es otra alusión envenenada de Cervantes contra un amigo y protector de Lope, que en el momento en que se publican las *Novelas ejemplares*, 1612, ya no era corregidor de Toledo?

Pero lo más trascendental para nuestro estudio es que el corregidor Alonso de Cárcamo hizo “intervenir a Lope de Vega para cantar las glorias del nuevo patrón”²³. Lope residía a la sazón en Toledo y diez años después, en 1605, el mismo corregidor Alonso de Cárcamo le llamó “poeta toledano”²⁴. La obra que escribió Lope sobre San Tirso está mencionada en la primera lista del *Peregrino*, por tanto es anterior a 1604: *San Tirso de España*²⁵, lo cual es una prueba de que Lope la escribió. Por tanto, Lope, se alinea en esta comedia de santos con estos *historiadores modernos* de los que venimos hablando. Él mismo es uno de ellos en sus obras literarias²⁶.

Pero la superchería se frustró por la oposición del cabildo de la Catedral de Toledo, los “canónigos toledanos”, a la pretensión del corregidor. En un ejemplar del librito mandado imprimir por el corregidor que se conserva actualmente en la Biblioteca de la Catedral de Toledo, signatura: fol 76.2, en el f. 1, sign. Ar., hay pegada una hoja de papel con una nota que dice:



Lo que en este cuaderno se dice de que San Tyrso fue natural de Toledo y que hubo en esta bibliotheca desta Santa Iglesia de Toledo carta del rey Silo, todo es falso e invención de un cierto religioso [Román de la Higuera] que, tentado del demonio, inventó la carta de Silo, y engañó al sobredicho don Alonso de Cárcamo como a hombre seglar y sin letras, y esta maraña, y una falsedad que el dicho religioso hizo, escribiendo la carta que fingió del rey Silo en el libro de mano de cosas de historias de España que está en esta Bibliotheca, la descubrió el Bibliothecario desta Santa Iglesia, y le convenció de la falsedad, y el señor Deán don Pedro de Caravajal Jirón y los señores del cabildo se opusieron a que no pasase adelante este enredo y fábula, por la injuria que se hacía a los verdaderos patronos naturales de esta ciudad, porque en los tiempos venideros, como se viese ser mentira que señor San Tyrso era natural de Toledo, no se pensase que con la misma liviandad se tenían por naturales y patronos los que verdaderamente lo son, y este libro se permite estar entre los desta bibliotheca, porque por esta advertencia, si algún tiempo en esto se hablare se sepa la verdad. El maestro Christóbal Palomares, Bibliothecario.

El libro contiene, además de esta advertencia del bibliotecario Palomares, otras dos cartas, también manuscritas, sobre lo mismo. Una “del Yllmo señor don Juan Bautista Pérez, y otra del licenciado Espinosa, desechando la fábula”. El primero había sido canónigo toledano y bibliotecario, antes que Palomares, y ahora era obispo de Segorbe. En los dos puestos se había manifestado contra los inventores de la Historia, como nos ha dicho Jauralde.

Cervantes, en 1604, en que termina de escribir el *Quijote*, sabe todo esto, y conoce la participación de Lope en todos estos episodios (todos estos acontecimientos fueron públicos en la ciudad, probablemente la obra de Lope sobre *San Tirso de España* se representó). Y conoce las obras serias que Lope ha escrito (el *Isidro*, *El peregrino*, por ejemplo) y que está terminando (la *Jerusalén*). Por eso hace comparecer a “un canónigo toledano” a partir del capítulo 47 de la

²³ J. Martínez de la Escalera, S.J., “Jerónimo de la Higuera S. J.: falsos cronicones, historia de Toledo, culto de San Tirso”, p. 85.

²⁴ Ya va siendo hora de hablar de una etapa toledana de Lope de Vega que se extiende, por lo menos, desde el año 1589, su primera aparición conocida en la ciudad, hasta, por lo menos, 1614, fecha en que se ordena sacerdote en la misma. Aunque la presencia de Toledo y de los escritores toledanos en la obra y en la vida de Lope sigue dominando hasta la publicación de *La Filomena* (1621). En este periodo, Lope creó en Toledo el teatro español. Véase el libro de Francisco de Borja San Román y Fernández, *Lope de Vega, los cómicos toledanos y el poeta sastre. Serie de documentos inéditos de los años de 1590 a 1615*, Madrid, Imprenta Góngora, 1935.

²⁵ Lope de Vega, *El peregrino en su patria*, ed. de Juan Bautista Avalle-Arce, Madrid, Castalia, 1973, p. 59.

²⁶ Todo este episodio fue ya estudiado, sin mencionar a Lope, por Nicolás Antonio, *Censura de historias fabulosas*, Valencia, año 1742, publicado por don Gregorio Mayàns i Siscàr, pp. 525-533.

Primera parte para discutir con el cura y con don Quijote de teoría literaria, para discutir sobre el tema fundamental que plantea Cervantes en su obra: la verdad en la Historia y la verosimilitud en la Literatura. Que el personaje sea *canónigo* y *toledano* es un acto gratuito de creación de Cervantes, que podría haber creado a otra dignidad eclesiástica de otra diócesis cualquiera. Por lo que la elección ha de ser por fuerza intencionada. Cuando conocemos por la nota del bibliotecario Palomares que precisamente “el señor Deán don Pedro de Caravajal Jirón y los señores del cabildo se opusieron a que no pasase adelante este enredo y fábula” y que a ello se opuso también otro antiguo “canónigo toledano”, el obispo de Segorbe don Juan Bautista Pérez, el campeón de la “intelectualidad” (según Jauralde) contra los falsos historiadores, se abre camino la convicción de que Cervantes, cuando crea a su personaje del canónigo toledano, está pensando en uno de esos “príncipes de la Iglesia”, que desbarataron la superchería de Cárcamo, de Higuera y... de Lope de Vega.

Por eso, no es de extrañar que el canónigo toledano y el cura – ambos portavoces aquí de Cervantes – abandonen la discusión sobre los libros de caballerías (que a Cervantes no le importaban para nada) y se centren en “las comedias que agora se usan”, entre ellas las de las vidas de santos, como el *San Tirso de España* de Lope:

– En materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo – dijo a esta sazón el cura – , que ha despertado en mí *un antiguo rancor que tengo con las comedias que agora se usan, tal, que iguala al que tengo con los libros de caballerías*; porque, habiendo de ser la comedia, según le parece a Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres y imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades e imágenes de lascivia. [...] Y si es que la imitación es lo principal que ha de tener la comedia, ¿cómo es posible que satisfaga a ningún mediano entendimiento que, fingiendo una acción que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlomagno, el mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fue el emperador Heraclio, que entró con la Cruz en *Jerusalén*, y el que ganó la Casa Santa, como Godofre de Bullón, habiendo infinitos años de lo uno a lo otro; y fundá[n]dose la comedia sobre cosa fingida, *atribuirle verdades de historia*, y mezclarle pedazos de otras sucedidas a diferentes personas y tiempos, y esto, *no con trazas verisímiles, sino con patentes errores de todo punto inexcusables*? Y es lo malo que hay ignorantes que digan que esto es lo perfecto, y que lo demás es buscar gullurías. Pues, ¿qué si venimos a *las comedias divinas*?: ¡qué de milagros falsos fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo a un santo los milagros de otro! Y aun en las humanas se atreven a hacer milagros, sin más respeto ni consideración que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire y venga a la comedia; que *todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias*, y aun en oprobrio de los ingenios españoles; porque los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros e ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos (*Don Quijote*, Parte I, cap. 48, pp. 335-6).

El dardo cervantino va dirigido contra las comedias y las otras obras disparatadas de Lope de Vega, esos “libros de caballerías” que desprecian la verdad y menoscaban la Historia (Véase, por ejemplo, la disparatada obra de Lope *El casamiento en la muerte*, sobre la figura de Bernardo del Carpio). E incluso desprecian la verosimilitud en la Literatura. No otra cosa es lo que hace Lope también en sus obras serias: la *Dragontea*, el *Isidro* (basado también, entre otras fuentes, en el *Flos sanctorum* de Villegas), *La hermosura de Angélica*, la *Jerusalén conquistada*. Cervantes acaba de mencionar precisamente una comedia disparatada sobre la conquista de Jerusalén. Y ese es también otro dardo envenenado contra Lope porque este había terminado

de escribir en 1604 —y Cervantes lo sabía—²⁷ una importante obra sobre este tema, obra en la que intentaba competir con Torcuato Tasso y convertirse en el poeta heroico de España, lo cual le permitiría conseguir el anhelado premio cerca del rey Felipe III. Pero la *Jerusalén conquistada* de Lope fracasó precisamente por ese defecto fundamental de falta de verosimilitud que Cervantes reprocha a las obras de su rival²⁸. Lope hace ir a Alfonso VIII, contra toda verdad histórica, a la tercera cruzada acompañando a Ricardo Corazón de León; pero la obra carece también de unidad y coherencia en las diversas partes que la forman, ya que Lope no se ahorra saludar a los amigos en un extenso episodio ni incluir la historia de Alfonso VIII y de Raquel, la judía de Toledo, episodio que no tiene la menor relación con la historia principal sobre la conquista de Jerusalén. Pero Lope no se arredra ante tanta acumulación de disparates y en el “Prólogo al conde de Saldaña” hace incluso ostentación de estos defectos intentando conciliar la narración histórica con la fabulada²⁹.

Pero esto no convenció a algunos de sus contemporáneos: a Juan Pablo Mártir Rizo, que en su *Poética de Aristóteles traducida al latín* (1623) se ensañó con los defectos de la obra³⁰. Ni a Góngora que la ridiculizó en el mismo año de su aparición haciendo hablar contra ella a un Monicongo: “Vimo, señora Lopa, su Epopeya, / e por Diosa, aunque sá mucho legante, / que no hay negra poeta que se pante, / e si se panta, no sá negra ella”³¹.

Ni a Cervantes, que convierte a Lope en un “historiador moderno”, que da crédito, como “*el Discreto*” que era, “a los libros de caballerías que tan validos andan por el mundo”, que escribe él mismo “libros de caballerías” disparatados como algunas de sus comedias, como ese *San Tirso de España* del que hemos hablado, o la propia *Jerusalén*. Cervantes, frente a su grande y erudito rival, se sitúa —como ha dicho Jauralde en su artículo periodístico citado— en esa “intelectualidad” de la que formaban parte el canónigo toledano y obispo de Segorbe don Juan Bautista Pérez, Pedro de Valencia y el anciano Francisco Sánchez de las Brozas³². La trascendencia del *Quijote* no les pasó desapercibida a los enemigos literarios de Cervantes, y por eso lo corrigieron ideológicamente en el *Quijote* de Avellaneda³³. Pero estaba en juego también la verdad en la Historia y la verosimilitud en la Literatura y en ese campo —al igual que en el ideológico— Cervantes les ganó la partida también a sus eruditos adversarios, creando la novela moderna, verosímil y respetuosa con la Historia, otro episodio de la lucha del Racionalismo por conquistar la verdad.

²⁷ El propio Lope se refiere a su *Jerusalén* como obra casi acabada en su edición de las *Rimas* de 1604 (Lope de Vega, *Rimas humanas y otros versos*, edición y estudio preliminar de Antonio Carreño, Barcelona, Crítica, 1998, p. 108. Pero, independientemente de estas declaraciones expresas, en esta época, los escritores que vivían en los mismos espacios culturales estaban al tanto de las obras que unos y otros estaban componiendo, a través de las academias, de amigos comunes, etc.

²⁸ Véase el fundamental estudio de Rafael Lapesa, “La Jerusalén del Tasso y la de Lope”, en *De la Edad Media a nuestros días*, Madrid, Gredos, 1971, pp. 264-85.

²⁹ En palabras de Carreño (p. XI de su edición de la *Jerusalén*) “Lope justifica de la mano de la *Poética* de Aristóteles la validez de alternar el *factum* —narración de un hecho— con la *poesis* —la verdad universal que trasciende al hecho particular—. Se adelanta, de este modo, a la posible reacción crítica que vería con malas tintas el hecho de contravenir el discurso histórico con el fabulado”.

³⁰ Joaquín de Entrambasaguas y Peña, *Una guerra literaria del Siglo de Oro: Lope de Vega y los preceptistas aristotélicos*, Madrid, Tipografía de Archivos, 1932.

³¹ L. de Góngora, *Sonetos completos*, p. 275.

³² Véanse los sinsabores que tuvo que pasar el anciano Francisco Sánchez con la Inquisición por sus ironías sobre las disparatadas vidas de los santos en *Procesos inquisitoriales contra Francisco Sánchez de las Brozas*, edición y estudio preliminar por Antonio Tovar y Miguel de la Pinta Llorente, Madrid, CSIC, 1941.

³³ Véanse los dos fundamentales trabajos de James Iffland, “Don Francisco, don Miguel y don Quijote: un personaje en busca de su testamento”, *Edad de Oro*, 13, 1994, pp. 65-83; y, sobre todo, *De fiestas y aguafiestas: risa, locura e ideología en Cervantes y Avellaneda*, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 1999.